



David RUNDLE, *The Renaissance Reform of the book and Britain. The English Quattrocento*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019, 362 pp. ISBN: 978-11-0719-343-7.

Innovador, esencial y hermoso son solo algunos de los adjetivos que me vienen a la mente a la hora de reseñar el nuevo trabajo del profesor David Rundle, quien, a pesar de haberse formado en Oxford, en la actualidad imparte sus enseñanzas en la Universidad de Kent, a la vez que desarrolla una sólida carrera investigadora centrada en la Paleografía y en la importancia del libro y la transmisión de las ideas en un período tan trascendental en la Historia de Europa como es el paso del Medievo a la Edad Moderna. La premisa de la que parte es sencilla, pero demostrarla no lo es tanto y el esfuerzo del profesor Rundle ha sido ingente para lograrlo. ¿Debe mantenerse la idea de que Inglaterra, en el s. XV, se mantuvo al margen de las novedades que en Italia estaban produciéndose gracias a las corrientes humanistas? Su localización geográfica con respecto al continente, su cultura, su política..., ¿de verdad hicieron que el país viviera aislado hasta el reinado de Enrique VIII? El estudio del libro y de la escritura indica todo lo contrario, y eso que estos sujetos de análisis no pueden abordarse de manera correcta sin tener en consideración la interacción existente entre manuscritos e impresos. Es cierto que David Rundle se centra en el mundo de los primeros, pero no pierde oportunidad de relacionarlos con los segundos, pues fueron fundamentales a la hora de que la “littera antiqua” cruzara fronteras e influyese en la forma de escribir de no pocas personas a nivel individual.

La inglesa, escocesa, irlandesa..., no fueron nacionalidades mayoritarias en los círculos italianos, pero, aun así, allí estaban. Gracias a nobles, administradores, eclesiásticos, diplomáticos, que residieron en Italia para estudiar, trabajar o simplemente por placer, llegaron libros, bien comprados, bien encargados, de estética humanística. No en vano parte de la biblioteca personal del propio Coluccio Salutati viajó a Inglaterra en 1432 de la mano de Andre Holes, miembro de la curia pontificia. E incluso es posible poner nombre al que sería el “primer humanista” escocés: George de Kynninmoth, un hombre que copiaba a San Agustín y hasta se permitía el lujo de poner en duda sus argumentos, anotando su opinión en el margen de sus manuscritos. Se trata de alguien al que podemos imaginar copiando inscripciones latinas en Roma, aprendiendo griego y que decidió seguir las reformas propuestas por Poggio Bracciolini.

Para el autor es importante, necesario y obligatorio revisar las atribuciones de los códices en “littera antiqua”, pues ahora se sabe que en Italia trabajaron gran número de copistas que venían de los territorios alemanes, Países Bajos, Francia o la Península Ibérica. Los manuscritos “al estilo italiano” o cuya procedencia se ha situado tradicionalmente en Italia, pueden no ser tales. Y tampoco hay que olvidar que la

mayor parte de estos profesionales podían moverse con facilidad entre unas escrituras y otras, dependiendo de sus gustos personales o, lo que es más significativo, los de sus mecenas. Por desgracia, son raros los volúmenes en los que un copista deja constancia de su participación y es ahí donde reside la importancia de la formación paleográfica de David Rundle a la hora de identificar y presentar las principales características de las grafías empleadas por algunos de ellos en sus obras. La Paleografía, por tanto, está siempre presente en “The Renaissance Reform of the Book and Britain”. Los estudios históricos, sin el análisis en profundidad del manuscrito, de su escritura, su decoración, sus glosas..., resultan incompletos para llegar a una comprensión profunda de un fenómeno tan complejo.

Otro de los focos de interés de David Rundle es el de la influencia que tuvieron en Inglaterra los copistas procedentes de los Países Bajos, especialmente Theoderic Werken o Pieter Meghen. Meghen, que se carteaba con Erasmo y al que este llamaba “El Cíclope”, por tener visión solo en un ojo, no solo formó parte de importantes círculos humanistas, sino que trabajó para importantes mecenas como el cardenal Wolsey o el propio Enrique VIII, que le concedió el título de “Writer of the King’s Books”. Incluso actuó como intermediario para Erasmo, Tomás Moro o el rey en diferentes asuntos de carácter personal. De nuevo, es la Paleografía la que, aplicada a la escritura de Meghen, consigue desmontar la teoría de que Erasmo había intervenido en algunas obras que le habían sido atribuidas desde el s. XIX y que la historiografía defendía a capa y espada desde ese momento.

Pero, si los copistas fueron los “artesanos” que introdujeron nuevas formas en el libro, fueron los bibliófilos quienes dieron a aquellos volúmenes un lugar en sus hogares y sus bibliotecas. Entre ellos, Rundle destaca a John Tiptoft, Conde de Worcester, un hombre de biografía sorprendente que había estudiado en Oxford y que continuó su formación en Padua. Experimentó el ambiente italiano de primera mano. Fue alumno de Guarino da Verona, conoció a Vespasiano da Bisticci, quien luego le dedicaría una breve biografía. Era estudiante, pero su presupuesto no era el de un estudiante al uso, así que adquirió una importante cantidad de libros. Se costeó lo mejor que los copistas italianos ofrecían, mientras que los libreros se frotaban las manos ante un inglés con un poder adquisitivo como pocas veces habían visto antes. Pero la situación política en Inglaterra era complicada y sus crueles actuaciones mientras ostentó el cargo de Lord Gran Condestable, le acarrearón el odio de los Lancaster y le llevaron a la muerte en la Torre de Londres, siendo recordado en los anales de la historia como “El Carnicero de Inglaterra”. A su muerte, sus manuscritos se dispersaron. Parte ya habían sido donados a Oxford en vida de Tiptoft, y él dejó tras su muerte un buen número a la Universidad de Cambridge, otros simplemente se subastaron. Lo mismo sucedió con aquellos volúmenes que había dejado en Italia, custodiados por sus amigos. Cuando estos fueron falleciendo, los libros se dispersaron y hoy pueden localizarse algunos en importantes bibliotecas como la Biblioteca Nacional de Francia o la Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial.

Si hay algo que alabar en este trabajo de David Rundle, además de lo ya dicho, es que sabe ir más allá de los códices, de los bellos libros de escritura perfecta, de márgenes cuidados, de costosa decoración. La “littera antiqua” no se limitó solo a ellos, sino que, en su forma “itálica” fue siendo poco a poco introducida en la cancellería real inglesa, utilizándose para la correspondencia diplomática en latín, la “lingua franca”. Si bien no sería hasta la década de 1520 cuando empezó a usarse para

las lenguas vernáculas. No en vano los secretarios que redactaban estos documentos eran todos italianos, los únicos con un conocimiento lo suficientemente perfecto del latín como para poder ejercer ese cometido, que suponía la carta de presentación del rey inglés ante los altos dignatarios de Occidente. Fuera de la cancillería, las universidades adoptarán esta escritura para su correspondencia oficial y, entre los particulares, supuso un revulsivo la publicación de las obras de los calígrafos Arrighi o Tagliente. Y todo sin olvidar la introducción de la itálica que llevó a cabo Aldo Manuzio en sus impresos.

La “*littera antiqua*”, la “*italica*”, utilizarlas demostraba seguir las modas del momento, apreciar lo que estaba sucediendo en el continente. Era algo cosmopolita y el cosmopolitismo, como no deja de insistir el profesor Rundle a lo largo de su obra, es parte del éxito de la escritura humanística. Es posible hablar, en definitiva, de un “*Quattrocento inglés*”. Una estética que llegó a través de los libros, la escritura y el pensamiento de una manera mucho más rápida que lo haría en otros campos. Un libro, un documento, un copista, pueden moverse con facilidad. Las obras de arte, las innovaciones arquitectónicas, no tanto.

El libro que ahora publica David Rundle, fruto de años de estudio y del análisis de decenas y decenas de manuscritos, con una abrumadora bibliografía de complemento, bellas imágenes que reproducen códices y documentos, y una prosa hermosa y evocadora, es un canto de amor al mundo de lo escrito, de admiración hacia aquellos hombres que, haciendo un hueco en unas vidas llenas de obligaciones y responsabilidades, todavía tuvieron tiempo para aprender y llenar sus mentes de nuevos conocimientos, intentando aplicarlos al mundo en que vivían. Muchos de ellos no delegaron la confección de manuscritos en copistas profesionales, sino que los escribieron por sí mismos, utilizando nuevas formas escriturarias a las que dotaron de personalidad propia. El triunfo de la escritura humanística, parafraseando al propio profesor Rundle, no estará en su uniformidad, sino en la libertad y en la diversidad.

Bárbara Santiago Medina
Universidad Complutense de Madrid
bsantiago@ghis.ucm.es